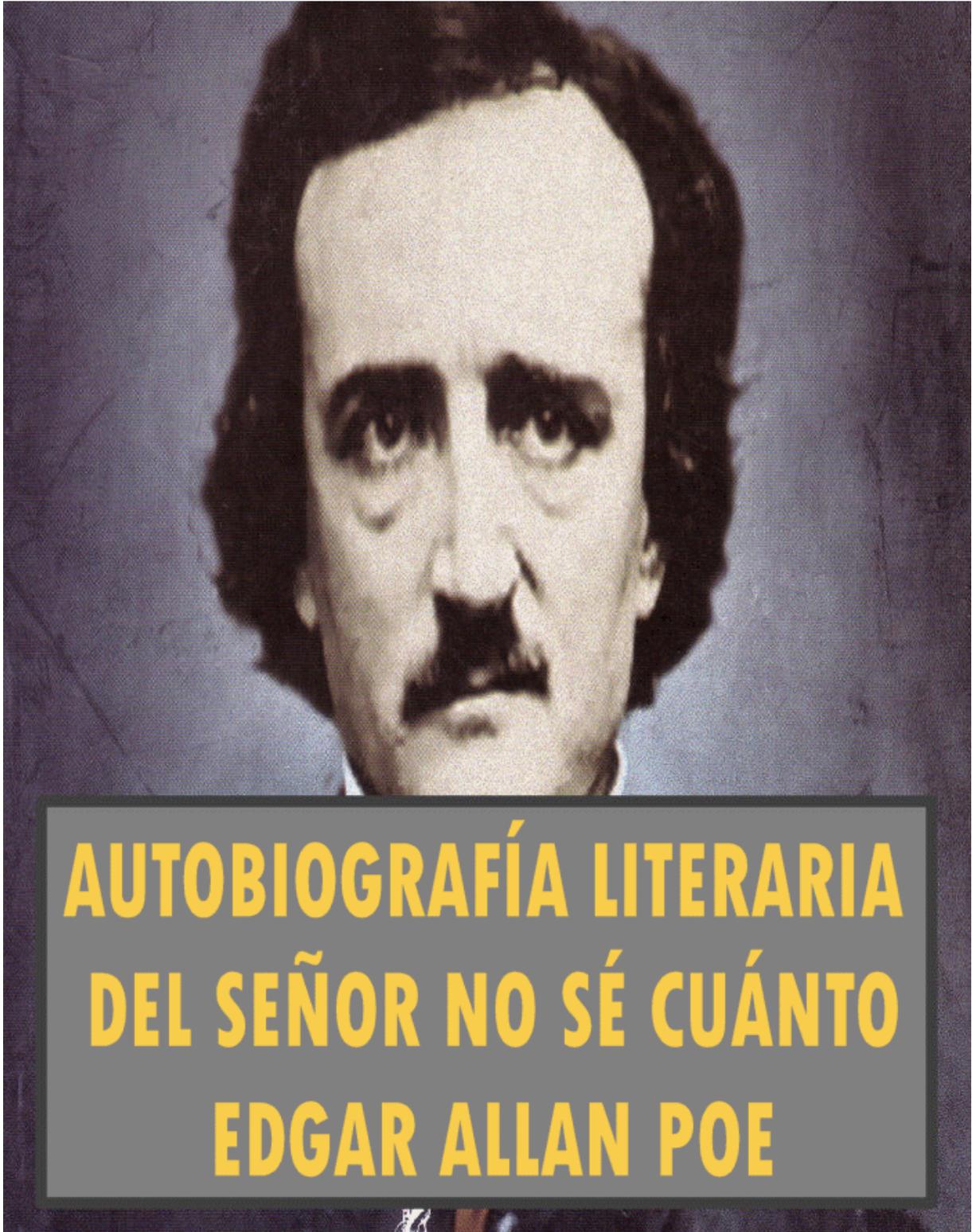


AUTOBIOGRAFÍA LITERARIA DEL SEÑOR NO SÉ CUÁNTO
EDGAR ALLAN POE



**AUTOBIOGRAFÍA LITERARIA
DEL SEÑOR NO SÉ CUÁNTO
EDGAR ALLAN POE**

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

AUTOBIOGRAFÍA LITERARIA DEL
SEÑOR NO SÉ CUÁNTO¹

Ex director del *Hacen rin, hacen ran*

Estoy envejeciendo y, como tengo entendido que Shakespeare y el señor Emmons murieron alguna vez, no es imposible que hasta yo mismo muera. Se me ha ocurrido, por lo tanto, que podría retirarme de las Letras y descansar por fin sobre mis laureles. Mi anhelo, sin embargo, es rubricar mi abdicación al trono literario con algún legado importante para la posteridad, y quizá no pueda dejarle nada mejor que una crónica de mis primeros años en la profesión. Por cierto, hace tanto tiempo que mi nombre ocupa sin interrupción un lugar de privilegio ante el público, que no sólo admito el natural interés que despierta por doquier, sino que acepto la responsabilidad de satisfacer la curiosidad que inspira. En efecto, dejar hitos que señalen el propio ascenso no es más que un deber de quien alcanza la grandeza, para que otros puedan seguir sus pasos.

Por ende, en este artículo (que en algún momento pensé titular "Memorias en beneficio de una historia literaria de los Estados Unidos") me propongo reseñar esos decisivos -aunque tímidos y vacilantes- pasos iniciales que me pusieron a la larga en la senda hacia la cumbre.

Es innecesario hablar mucho de nuestros antepasados más remotos. Mi padre, don Thomas Bob, ocupó durante varios años la cima de su profesión de barbero en la gran urbe Fatua. Su negocio era el refugio de la gente del lugar, especialmente de los miembros de las brigadas periodísticas, que a todos inspiran reverencia y veneración. Yo, por mi parte, los veía como dioses, y bebía con avidez el ingenio y la sabiduría sin par que fluían de sus augustos labios durante el proceso que se denomina de "aplicación en la espuma". El primer instante de genuina inspiración en mi vida data de esa época memorable, del día en que, ante un auditorio devoto formado por nuestros aprendices, el brillante director del *Tábano* recitó en los intervalos de la operación arriba mencionada un poema incomparable en honor de la "Única y Genuina Crema de Afeitar de Bob" (cuyo nombre provenía de su dotado inventor, mi padre), declamación por lo cual la firma Thomas Bob & Cía., barberos, lo recompensó con generosidad.

La genialidad de las estrofas de la "Crema de Bob" me insufló por primera vez el *afflatus* divino. Decidí en el acto ser un gran hombre y comenzar por ser un gran poeta. Esa misma noche, caí de rodillas a los pies de mi padre.

-Padre, iperdóname!, pero mi alma se eleva por encima de la brocha y de la espuma. Tengo el firme propósito de dejar el negocio. Quiero ser director de un diario, quiero ser poeta, quiero escribir estrofas a la "Crema de Bob". ¡Perdóname y ayúdame en mi camino hacia la inmortalidad!

-Querido Bagatela -contestó mi padre (me habían bautizado Bagatela en honor a un pariente acaudalado que tenía ese apellido) .

"Querido Bagatela -repitió alzándome por las orejas-, eres un as, y sales a tu padre en eso de tener un alma. También tienes una cabeza inmensa, y debe de contener mucho seso. Hace rato que me percaté de este hecho, y te destinaba a la profesión de abogado. Pero ese oficio, empero, se ha vuelto poco caballeresco, y el de político no rinde. En general, tu elección es sensata, el oficio de periodista es el mejor, y si puedes ser poeta al mismo tiempo, como lo son la mayoría de los periodistas dicho sea de paso, matarás dos pájaros de un tiro. Para alentarte en los comienzos, te alquilaré una buhardilla, te daré pluma, tinta y papel, un

¹ El nombre en inglés es *Thingum Bob*, expresión que se usa para referirse a alguien cuyo nombre no se conoce o no se recuerda, de modo que el nombre del autor ficticio de este texto equivaldría en español al de "Señor No se cuánto". [N. de la T.]

diccionario de la rima y un ejemplar del *Tábano*. No creo que puedas pedir más.

- Sería un villano ingrato si lo hiciera -contesté con entusiasmo-. Tu generosidad no tiene límites. Te la retribuiré haciéndote padre de un genio.

Así terminó mi plática con el mejor de los hombres y, apenas finalizada, consagré todo mi celo a las labores poéticas, puesto que en ellas cifraba mis esperanzas de alcanzar el envidiado sillón de director de un diario o revista.

En mis primeros intentos de creación poética, descubrí que las estrofas a la "Crema de Bob", más que provechosas, resultaban un estorbo. Su esplendor me encandilaba en lugar de iluminarme. En comparación con mis propios engendros, su carácter excelso me provocaba, naturalmente, desánimo, de modo que durante buen tiempo me esforcé en vano. Por fin, tuve una de esas ideas excepcionales por su originalidad que alguna que otra vez nacen en la mente del hombre de genio. Se trataba de lo siguiente o, más bien, así fue como la llevé a cabo. Entre los bodrios que había en una librería de viejo de un barrio apartado de la ciudad, elegí varios volúmenes antiguos totalmente desconocidos u olvidados. El librero me los vendió por nada. De uno de ellos, que decía ser la traducción de una obra titulada *Infierno* de un tal Dante, copié con gran prolijidad un largo pasaje sobre un hombre llamado Ugolino, que tenía varios hijos. De otro libro, que contenía una cantidad de obras de teatro de un autor cuyo nombre no recuerdo, copié con igual esmero algunos versos que hablaban de "ángeles", "sacerdotes que bendecían el pan", "espíritus infernales" y otras cosas por el estilo. De un tercer volumen, escrito por un ciego, no me acuerdo si griego o de la tribu choctaw (no puedo perder tiempo en recordar con precisión esas nimiedades), saqué unos cincuenta versos que comenzaban con la "cólera de Aquiles", "grasa" y alguna otra cosa.

De un cuarto, que también era obra de un ciego, elegí una página donde se hablaba de "salves" y de la "santa luz", y aunque no corresponde que un ciego escriba sobre la luz, los versos eran a su manera aceptables.

Una vez hechas las fieles copias de estos poemas, las firmé a todas con el seudónimo "Oppodeldoc" (nombre convenientemente sonoro) y, colocándolas en sendos sobres elegantes, las envié a las cuatro principales revistas literarias, solicitando su rápida publicación y consiguiente pago. La respuesta a este plan tan bien trazado (cuyo éxito me habría ahorrado muchas penurias posteriores), sin embargo, me convenció de que es imposible engatusar a ciertos directores y dio el *coup-de-grâce* (como dicen en Francia) a mis incipientes esperanzas (como dicen en el centro de los trascendentes) ²

La cuestión es que todas y cada una de las revistas vapulearon al señor "Oppodeldoc" en sus "Respuestas a los lectores". El *Plumífero* aderezó sus comentarios de esta manera:

"Quienquiera que sea 'Oppodeldoc', nos ha enviado una larga *tirade* acerca de un lunático a quien ha bautizado 'Ugolino', que tenía muchos hijos a quienes habría hecho en bien azotar y enviar a la cama sin comer. Toda la trama es muy desabrida, por no decir hueca.

'Oppodeldoc' (quienquiera que sea) carece totalmente de imaginación, y la imaginación, en nuestra humilde opinión, no sólo constituye el alma de la POESÍA, sino su corazón. Pero 'Oppodeldoc' (quienquiera que sea) tiene además la audacia de solicitar por su basura una 'rápida publicación y consiguiente pago'. No publicamos ni pagamos semejantes despropósitos. No obstante, 'Oppodeldoc' podrá hallar compradores ansiosos de estas paparruchas en el Camorrero, el *Almíbar* o el *Ganso Intoxicado*.

Debo admitir que todo el párrafo era despiadado con "Oppodeldoc", lo más cruel de

² El Club de los Trascendentes estaba formado por un grupo de intelectuales norteamericanos que se reunían en casa de Emerson y dio origen a un movimiento fisiológico, religioso y social que luego tuvo eco en Europa. [N. de la T.]

todo era la palabra POESÍA en versalitas. ¡ Cuánta hiel rezumaban esas seis letras destacadas!

"Oppedeldoc", sin embargo, recibió un trato igualmente impiadoso por parte del Camorrero, que le contestó con estas palabras:

"Hemos recibido una singular e insolente carta de una persona (sea quien sea) que firma 'Oppodeldoc', profanando así la memoria del ilustre emperador romano de igual nombre. Acompañaba esa carta una altisonante profusión de versos desagradables y sin sentido sobre 'Ángeles y sacerdotes que bendicen el pan', versos que nadie se atrevería a perpetrar como no fuera Nat Lee o ese tal 'Oppodeldoc'. Y por este disparate se nos pide el 'consiguiente pago'. ¡ Se equivoca, señor! Nosotros no pagamos por ese tipo de producto. Para eso, diríjase al *Plumífero*, al *Almíbar* o al *Ganso Intoxicado*. Esos periódicos aceptarán sin duda cualquier basura literaria que reciban y también prometerán pagárselas."

Un comentario áspero, en efecto, sobre "Oppodeldoc", aunque en este caso el peso de la sátira recae sobre el *Plumífero*, el *Almíbar* y el *Ganso Intoxicado*, revistas a las que el artículo llama *periódicos*, y en bastardillas además, mordacidad que les debe de haber llegado al corazón.

Pero el *Almíbar* fue apenas menos incisivo:

"Un individuo que se regocija con el apelativo 'Oppodeldoc' (¡ a cuán bajos menesteres se aplican con excesiva frecuencia los nombres de los muertos ilustres!) nos ha hecho llegar unos cincuenta o sesenta *versos* que comienzan así:

*De Aquiles de Peleo canta, Diosa, la venganza fatal que a los Argivos origen fue de, etc., etc., etc.*³

"Se informa con todo respeto al señor Oppodeldoc' (sea quien sea) que no hay un solo tinterillo en nuestra oficina que no haya logrado en sus cotidianos tanteos *versos* mejores que éstos. Es imposible *escandir* los versos citados. El señor 'Oppodeldoc' debería aprender a *contar*. Como sea, lo que está más allá de la comprensión es cómo se le ocurrió a ese señor que nosotros (finada menos que *nosotros!*) podíamos desacreditar nuestras páginas con esa tontería inefable. Semejante desatino apenas alcanza el nivel del *Plumífero*, el Camorrero y el *Ganso Intoxicado*, donde se acostumbra publicar el 'Arroz con leche' como poesía original. Pero 'Oppodeldoc' (sea quien sea) tiene incluso el tupé de reclamar un *pago* por esta sandez. ¿No sabe acaso 'Oppodeldoc' (sea quien sea), no tiene conciencia por ventura de que ningún dinero sería suficiente para que publicáramos semejantes engendros?

A medida que leía, me sentía cada vez más pequeño hasta que, al llegar al punto en que calificaban al poema con desdén como "versos", apenas si quedaba algo de mí. En cuanto a 'Oppodeldoc', empecé a sentir compasión por él. Sin embargo, el *Ganso Intoxicado* fue menos clemente aún, si es que cabe.

Ésta fue su repuesta:

"Un desdichado poetastro, que firma 'Oppodeldoc', ha cometido la ridiculez de imaginar que publicaríamos y pagaríamos por una mezcla de ampulosidad e incoherencias que nos ha remitido, y que comienza con un verso más o menos *inteligible*

¡Salve, santa luz! ¡Progenie del Cielo, primogénito!"

³ Poe cita aquí los versos iniciales de la *Iliada*. La traducción citada es la de José Gómez Hermosilla, casa Editorial Garnier Hermanos, París. [N. de la T.]

"Como hemos dicho `más o menos inteligible'. Quizá `Oppodeldoc' (sea quien sea) tenga la bondad de explicarnos cómo el granizo⁴ puede ser luz santa. A nuestro buen saber y entender, siempre fue lluvia congelada. ¿Podría también decirnos cómo la lluvia congelada puede ser a la vez luz santa' (sea esto lo que sea y `progenie'). Si no ignoramos el inglés en demasía, este último término se aplica correctamente sólo a los vástagos de una estirpe. Pero es ridículo continuar con este absurdo, aunque `Oppodeldoc' (sea quien sea) tiene el desparpajo insólito de suponer que no sólo `publicaríamos' sus ignorantes delirios sino que, además, *¡se los pagaríamos!*

"¡Maravilloso! ¿Excepcional! Casi estamos tentados de escarmentar la soberbia del joven escritorzuelo publicando realmente su composición *verbatim et literatim*, tal como la ha escrito. Ningún castigo más cruel podríamos infligirle, si no fuera por el aburrimiento que impondríamos a nuestros lectores al hacerlo.

"Que `Oppodeldoc' (sea quien fuere) remita sus futuras *obras* al *Plumífero*, al *Almíbar* y al Camorrero. Ellos las publicarán. Todos los meses publican cosas por el estilo. Envíeselas a ellos. No es posible insultarnos con semejante impunidad."

Fue mi fin. En cuanto al *Plumífero*, el Camorrero y el *Almíbar*, jamás entendí cómo sobrevivieron. El haberlos colocado en su lugar tan *subalterno* (ése era el problema: la consiguiente insinuación de su bajeza, su abyección) mientras NOSOTROS los contemplábamos desde las mayúsculas, tenía la amargura del ajenjo y de la hiel. De haber sido yo responsable de alguno de esos periódicos, no habría ahorrado esfuerzos para llevar a juicio al *Ganso Intoxicado*. Cabría haber invocado la Ley de Protección de los Animales. En cuanto a "Oppodeldoc" (sea quien sea), para ese momento ya me había hartado la paciencia y no me inspiraba el menor apego. Fuera de toda duda, era un tonto y se merecía lo que habían dicho de él.

El resultado del experimento con los libros usados me convenció, en primer lugar, de que "la honestidad es la mejor política" y, en segundo lugar, de que, si no lograra escribir mejor que el señor Dante, los dos ciegos y toda la antigua *caterva*, sería por lo menos difícil escribir peor que ellos. Recobré el ánimo y me propuse ser "absolutamente original" (como dicen en las tapas de las revistas), a costa de cualquier esfuerzo. Con las brillantes estrofas de la "Crema de Bob" otra vez ante los ojos, me dispuse a escribir una oda sobre el mismo tema que pudiera rivalizar con la anterior.

No tuve dificultades con el primer verso, que decía así:

"Exaltar en una oda la `Crema de Bob"

Habiendo consultado minuciosamente todas las rimas de "Bob", me fue imposible continuar. Ante el dilema, recurrí a mi padre para que me socorriera y, después de algunas horas de sesuda meditación, los dos juntos logramos terminar el poema:

"Exaltar en oda la `Crema de Bob'

no es menos duro que las pruebas de Job."

(firmado) SNOB

Desde luego, la longitud de la composición no era mucha pero, "todavía tenía que aprender", como dicen en el *Edinburgh Review*, que la mera extensión de una obra literaria nada tiene que ver con sus méritos. Con respecto a la cantinela del *Quarterly* acerca de un "esfuerzo sostenido", es imposible encontrarle sentido alguno. En líneas generales, por lo tanto, mi intento inaugural me satisfacía y mi única duda se refería a lo que haría con él.

⁴ Hay aquí un juego de palabras intraducible. En inglés, la palabra "iHail!" (traducida aquí como "¡Salve!", también significa "granizo"). [N. de la T.]

Mi padre aconsejó que lo enviara al *Mosca Viajera*, pero había dos motivos que sugerían lo contrario. Temía la envidia del director, y sabía con certeza que no pagaba las colaboraciones originales. Después de las correspondientes deliberaciones, entonces, confié el artículo a las páginas más circunspectas del *Almíbar* y aguardé la respuesta con ansiedad, pero con resignación.

En el siguiente número tuve el orgullo de ver mi poema impreso en su totalidad como artículo principal, precedido por estas significativas palabras, escritas en bastardilla y entre corchetes:

[Llamamos la atención de nuestros lectores sobre las admirables estrofas de la "Crema de Bob" que nos han presentado. Es innecesario mencionar su carácter sublime, su pathos: no es posible leerlas sin lágrimas en los ojos. A los que ha sufrido los tristes versos que perpetró la pluma de ganso del director del Mosca Viajera sobre tan augusto tema, les haría bien comparar las dos composiciones.

P.S. Nos consume la curiosidad por develar el misterio que hay detrás del seudónimo "Nov". ¿Nos concedería el autor una entrevista personal?]

Si bien estrictamente justo, debo confesar que todo esto era más de lo que yo esperaba, lo reconozco para eterno deshonor de mi patria y de la humanidad. Sin embargo, sin pérdida de tiempo me presenté ante el director del *Almíbar* y tuve la suerte de encontrar a este caballero en su casa. Me saludó con aire de profundo respeto, algo matizado de una admiración paternal e indulgente suscitada, sin duda, por mi aspecto de extremada juventud e inexperiencia. Me indicó que tomara asiento y abordó de inmediato la cuestión de mi poema, pero la molestia me impide repetir los mil elogios que me prodigó. Los panegíricos del señor Ladilla (tal era el apellido del director) no eran indiscriminadamente exagerados. Analizó la composición con gran libertad y criterio, y no dudó en señalar algunos defectos triviales, hecho que lo elevó mucho en mi propia estima. Desde luego, surgió el nombre del *Mosca Viajera* y espero que nunca me sometan a una crítica tan aguda, a objeciones tan mordaces como las que el señor Ladilla le brindó en esa infeliz y fervorosa ocasión. Siempre había considerado al director del *Mosca Viajera* como un superhombre, pero Ladilla pronto me sacó del error. Analizó las cualidades literarias y personales del *Mosca* (así llamaba satíricamente al rival director del *Mosca Viajera*) a la luz de la verdad. El señor Mosca no valía nada. Había escrito textos infames. Era un escritorzuelo que vendía sus trabajos a razón de un centavo la línea, un bufón y un villano. Había concebido una tragedia que provocó risotadas unánimes en todo el país, y una farsa que lo inundó de lágrimas. Por otra parte, había tenido la desvergüenza de redactar una sátira con lo que opinaba de él mismo (del señor Ladilla) e incluso había osado aplicarle el mote de "asno". Me manifestó además que, si en cualquier circunstancia, yo tuviera el deseo de expresar mi opinión sobre *Mosca*, las páginas del *Almíbar* estaban desde ya a mi entera disposición. Entretanto, y habida cuenta de que me atacarían desde las páginas del *Mosca* por mi intento de componer un poema rival sobre la "Crema de Bob", él (el señor Ladilla) tomaría sobre sus hombros la tarea de ocuparse de mis intereses privados y personales. Y si yo no salía de todo esto convertido en un hombre hecho y derecho, no sería por culpa suya (del señor Ladilla).

Habiendo hecho el señor Ladilla una pausa en este punto de su discurso (cuya última parte me fue imposible comprender), me arriesgué a mencionar algo sobre la remuneración que podía esperar por mi poema, visto un anuncio en la portada del *Almíbar* donde se decía que (el Almíbar) "señalaba su posibilidad de pagar honorarios exorbitantes por todas las colaboraciones aceptadas, gastando a menudo en un solo poema breve más que todo lo invertido en un año por el *Plumífero* y el *Ganso Intoxicado* juntos".

Apenas pronuncié la palabra "remuneración", el señor Ladilla abrió primero los ojos y luego la boca hasta parecer un pato añoso y agitado en el acto de graznar, y así permaneció (llevándose de tanto en tanto las manos a la frente como si fuera presa de una perplejidad

desesperante) casi hasta que terminé de decir lo que me había propuesto.

Cuando hube terminado, se hundió en el asiento como abrumado, con los brazos desmayados sin vida a los costados del cuerpo y la boca todavía abierta como un pato. Mientras yo lo miraba mudo de asombro ante conducta tan alarmante, se puso repentinamente de pie y corrió hacia el cordón de la campanilla, pero pareció cambiar de opinión, o lo que fuere, antes de alcanzarlo, porque se sumergió debajo de la mesa y resurgió de inmediato provisto de un garrote. Estaba ya por levantarlo (me es imposible imaginar con qué propósito), cuando una súbita sonrisa plácida inundó su rostro y se volvió a sentar reposadamente en la silla.

-Señor Bob -dijo (porque yo había enviado mi tarjeta antes de presentarme)-. Usted es un hombre joven, *muy* joven ¿supongo bien? Asentí y agregué que aún no había cumplido los quince años.

-¡Muy bien! -contestó-. Ya veo, no diga nada más. Acerca de este tema de la compensación, lo que usted dice es muy justo, extremadamente justo en realidad. Pero... por ejemplo, no es costumbre de ninguna revista pagar la *primera* colaboración. ¿Me entiende? La verdad es que, en tales casos, la revista es la *beneficiaria*. [El señor Ladilla sonrió de manera insulsa mientras subrayaba la palabra "beneficiaria".] En la mayor parte de los casos, nos *pagan a nosotros* por la publicación de una primera obra, especialmente en verso. En segundo lugar, señor Bob, la norma de la revista es no desembolsar jamás lo que en Francia denominan *argent comptant*: sin duda usted me entiende. Pasados tres o seis meses de la publicación del artículo -o pasado un año o dos- no tenemos objeción alguna contra un pagaré a nueve meses, siempre que podamos arreglar nuestras cosas de manera de poder liquidarlo a los seis meses. Realmente espero, señor Bob, que esta explicación lo satisfaga. Aquí se detuvo con los ojos húmedos.

Apenado en el fondo del alma por haber herido, aunque fuera sin intención, a un hombre tan eminente y tan sensible, me apresuré a disculparme y a tranquilizarlo expresándole mi total coincidencia con sus puntos de vista, así como mi comprensión cabal de la situación delicada en que se hallaba. Habiendo manifestado todo eso de manera clara y precisa, me despedí.

No mucho después, una bella mañana, "me desperté siendo famoso". La difusión de mi renombre podrá apreciarse mejor si hago referencia a las opiniones periodísticas de ese día que, como se verá, aparecían bajo la forma de reseñas críticas del número del *Almíbar* que contenía mi poema y eran totalmente satisfactorias, concluyentes y claras, con la excepción de la inscripción en jeroglífico adjunta a todas ellas: "*Sep. 15-1-t.*"

El *Lechuzón*, periódico de gran sagacidad y conocido por la reflexiva seriedad de sus opiniones literarias, decía:

"¡El *Almíbar*! El número de octubre de esta deliciosa revista supera a todos los que lo precedieron y desafía cualquier intento de competencia. En la belleza de la tipografía y el papel, en el número y la excelencia de sus grabados y en el mérito literario de sus colaboraciones, el *Almíbar* eclipsa a sus lerdos rivales como Hiperión al sátiro. Es cierto: la fatuidad del *Plumífero*, el Camorrero y el *Ganso Intoxicado* no tiene igual, pero en todos los otros aspectos ¡no hay como el *Almíbar*! Excede nuestra comprensión cómo este aplaudido periódico puede soportar costos evidentemente enormes. Sin duda, tiene una circulación de 100.000 ejemplares y su lista de suscriptores ha aumentado en un veinticinco por ciento en el último mes, pero por otro lado, las sumas que desembolsa permanentemente para pagar las colaboraciones son inconcebibles. Se comenta que Taimado recibió nada menos que treinta y siete centavos y medio por su incomparable artículo sobre 'Los Cerdos'. Con el señor Ladilla como director y plumas tales como ESNOB y Taimado entre los colaboradores, la palabra 'fracaso' no existe para el *Almíbar*. ¡Vaya y suscríbese! Sep.15-1-t."

Debo admitir que me halagó una reseña escrita con estilo tan elegante en una

publicación tan respetable como el *Lechuzón*. Además, el hecho de que mi nombre, es decir mi nom *de guerre*, precediera al del gran Taimado era un acontecimiento tan feliz como merecido.

Acto seguido, llamaron mi atención los siguientes párrafos del *Renacuajo*, publicación conocida por su rectitud e independencia, por su falta total de adulonería y ciega sumisión ante los que ofrecen banquetes.

"El número de octubre del *Almíbar* está en la vanguardia de todos sus contemporáneos y los supera, desde luego, en el esplendor de su ornamentación así como en la riqueza de su contenido. Debemos admitir que la fatuidad del *Plumífero*, el Camorrero y el *Ganso Intoxicado* no tiene igual, pero en todos los otros aspectos ¡no hay como el *Almíbar*! Excede nuestra comprensión cómo este aplaudido periódico puede soportar costos evidentemente enormes. Sin duda, tiene una circulación de 200.000 ejemplares y su lista de suscriptores ha aumentado en un treinta por ciento en la última quincena pero, por otro lado, las sumas que desembolsa mensualmente para pagar las colaboraciones son aterradoras. Se ha sabido que el señor Chapurreo recibió nada menos que cincuenta centavos por su recién publicada 'Monodia en un charco de barro'.

"Entre los colaboradores originales del presente número se destacan (además de Ladilla, su eminente director) hombres como ESNOB, Taimado y Chapurreo. Más allá de los editoriales, lo más precioso a nuestro juicio, empero, es esa joya poética firmada por Esnob acerca de la 'Crema de Bob', aunque nuestros lectores no deben inferir por la similitud del título que este *bijou* sin par se parezca en algo a los garabatos que escribió sobre el mismo tema un individuo despreciable cuyo nombre ofende los oídos refinados. El *actual* poema acerca de la 'Crema de Bob' ha despertado curiosidades universal con respecto al dueño de evidente seudónimo. 'Esnob' es el nom *de plume* del señor Bagatela Bob, vecino de esta ciudad y pariente del señor Bagatela (cuyo nombre lleva), ciudadano vinculado con las más ilustres familias de nuestro estado. Su padre, don Thomas Bob, es un rico comerciante de Fatua. Sep. 15-1 t."

Tan generoso elogio conmovió mi corazón, muy especialmente porque provenía de una fuente de pureza tan impoluta, tan proverbial como el *Renacuajo*. Aplicada a la "Crema de Bob" escrita por *Mosca*, la palabra "garabatos" me pareció particularmente cáustica y conveniente. No obstante, las palabras "joya" y "bijou", utilizadas con referencia a mi propia obra, me parecieron algo débiles. Me daba la impresión de que les faltaba vigor. No eran suficientemente *prononcés* (como decimos en Francia).

Apenas había terminado de leer el *Renacuajo*, cuando un amigo me acercó un ejemplar del Topo, diario que gozaba de gran reputación por la agudeza de su percepción en general y por el abierto, honesto y elevado estilo de sus editoriales. El Topo se refirió al *Almíbar* en los términos siguientes:

"Acabamos de recibir el *Almíbar* de octubre y *debemos* decir que nunca antes un número de periódico nos había producido semejante placer. Lo decimos con toda intención. El *Plumífero*, el Camorrero y el *Ganso Intoxicado* deberían cuidar sus laureles. Sin duda, estas publicaciones superan a todas en la ostentación de sus pretensiones, pero en los otros aspectos, ¡no hay como el *Almíbar*! Excede nuestra comprensión cómo este aplaudido periódico puede soportar costos evidentemente enormes. Sin duda, tiene una circulación de 300.000 ejemplares y su lista de suscriptores ha aumentado en un cincuenta por ciento en la última semana pero, por otro lado, las sumas que desembolsa mensualmente para pagar las colaboraciones son enormes. Sabemos de buena fuente que el señor Charlatán recibió nada menos que sesenta y dos centavos por su novela intimista *El repasador de cocina*.

"Las colaboraciones del número que tenemos ante nosotros son del propio Ladilla (eminente director), de ESNOB, Chapurreo, Charlatán y otros pero, después de las inimitables obras del propio director, nos quedamos con esa alhaja salida de la pluma de un poeta en ciernes cuyo seudónimo es 'Esnob', *nom de guerre* al que auguramos un brillo que algún día hará sombra al afamado 'Boz'⁵. Nos han informado que 'ESNOB' es un tal señor No sé cuánto, único heredero de un opulento comerciante de esta ciudad, don Thomas Bob, y pariente cercano del distinguido señor Bagatela. El título del admirable poema del señor Bob es 'Crema de Bob' elección algo afortunada, permítasenos decir de paso, ya que un despreciable vagabundo relacionado con la prensa fácil ha ofendido a la ciudad con otras líneas deleznable sobre el mismo tema. Pero no hay cuidado: es imposible confundir las dos obras. *Sep. 15-l t.*"

La generosa aprobación de un periódico tan clarividente como el *Topo* llenó mi corazón de alborozo. La única objeción que me vino a la cabeza fue que la expresión "despreciable vagabundo" podría haberse mejorado de este modo: "*sinvergüenza, granuja* y despreciable vagabundo". Me parece que hubiera sonado mejor. Por otra parte, debe admitirse que el término "alhaja" apenas tiene intensidad suficiente para expresar lo que el *Topo* evidentemente *pensaba* del brillo propio de la "Crema de Bob".

La misma tarde en que vi las reseñas del *Lechuzón*, el *Renacuajo* y el *Topo* tuve oportunidad de leer un ejemplar del *Jején*, periódico cuya gran lucidez era proverbial. Allí se decía lo siguiente:

"¡El *Almíbar!* El número de octubre de esta espléndida revista ya está al alcance del público. Toda cuestión de preeminencia queda descartada definitivamente y, de aquí en adelante, sería francamente ridículo que el *Plumífero*, el *Camorrero* o el *Ganso Intoxicado* hicieran ninguno de sus espasmódicos esfuerzos por competir. Estos periódicos podrán superarlo en sus clamores pero, ¡no hay como el *Almíbar!* Es imposible comprender cómo esta célebre revista puede soportar gastos evidentemente enormes. Es cierto que cuenta con una circulación de medio millón de ejemplares y que sus suscriptores han crecido en un setenta y cinco por ciento en los últimos días, pero las sumas que desembolsa mensualmente en retribución por las contribuciones que publica son inverosímiles. Sabemos, por ejemplo, que la señorita Plagio recibió no menos de ochenta y cinco centavos por su último y valioso cuento titulado 'El saltamontes de la ciudad de York y el saltaparedes de Bunker-Hill'.

"Las contribuciones más meritorias del presente número son, desde luego, las que firma el director (el eminente Ladilla), pero también hay artículos magníficos firmados por nombres de la talla de ESNOB, la señorita Plagio, Taimado, la señora Mentirillas, Chapurreo, la señora Fiasco y, por último, aunque no menos egregio, el de Charlatán. Semejante pléyade de genios constituye un desafío para el mundo entero.

"No se nos oculta que el poema firmado por ESNOB recibió elogios universales y estamos obligados a manifestar que, si cabe, merece aún más encomio. Esta obra maestra de la elocuencia y el arte se titula 'Crema de Bob'. Algún lector recordará tal vez *vagamente*, aunque con fastidio, un poema (?) de título similar, obra de un cagatintas miserable, un pordiosero y asesino que, según tenemos entendido, trabaja en uno de esos indecentes periodicuchos de los suburbios. A ese lector le rogamos, por amor de Dios, que no confunda a los dos autores. Por lo que sabemos, el autor de 'Crema de Bob' es don No sé cuánto Bob, caballero de enorme talento y vasta erudición. 'Esnob' es un mero *nom de guerre*. *Sep. 15-l t.*"

⁵ Boz, seudónimo de Dickens cuando colaboraba con el *Morning Chronicle*. [N. de la T.]

Apenas si puedo contener mi indignación cuando leí las últimas líneas de esta diatriba. Para mí era claro como el agua que la manera ambigua, por no decir amable, con el que el *Jején* se refería a ese cerdo, el director del *Mosca Viajera*, sólo podía provenir de una complicidad con *Mosca*, a quien el *Jején* quería encumbrar a mis expensas. Hasta con los ojos cerrados, cualquiera podía darse cuenta de que si la intención real del *Jején* hubiera sido la pretendida, el artículo se habría expresado en términos más directos, más cáusticos y muchísimo más atinados. Las palabras 'cagatintas', 'pordiosero' y 'asesino' eran epítetos tan equívocos e inexpresivos que sonaban peor que nada aplicados al autor de las más execrables estrofas que hayan salido de pluma humana alguna. Nadie ignora cómo se puede "utilizar la parquedad como crítica indirecta" y ¿quién podría dejar de advertir aquí el encubierto propósito de utilizar la reticencia como condena eufemística?

Pero si bien lo que el *Jején* tenía que decir del *Mosca Viajera* no era de mi incumbencia, sí lo era lo que decía de mí. Después de los elogios del *Le-chuzón*, el *Renacuajo* y el Topo con respecto a mis dotes, era demasiado tener que soportar la frialdad con que el *Jején* se refería a mí, calificándome de mero "caballero de enorme talento y vasta erudición". ¡Caballero!

Instantáneamente, decidí obtener excusas por escrito o llevar las cosas al terreno del honor.

Imbuido de este propósito, busqué entre mis amigos alguien a quien pudiera confiar un mensaje para su señoría, el director del *Jején* y, puesto que el director del *Almíbar* me había dado muestras de su estima, decidí solicitar su asistencia.

Jamás llegué a explicarme de manera satisfactoria para mi propio entendimiento la actitud y el semblante del señor Ladilla mientras escuchaba la exposición de mis propósitos. Repitió la escena de la campanilla y el garrote, sin omitir el pato. En un momento creí que realmente iba a lanzarse a graznar. Pero, al igual que la primera vez, el acceso cedió y Ladilla comenzó a actuar y a hablar de manera racional. Rechazó, sin embargo, ser portador del desafío y, de hecho, hasta me disuadió de enviarlo, pero fue lo bastante sincero como para admitir que el *Jején* había cometido un error imperdonable, especialmente en lo que concernía a la expresión "caballero de enorme talento y vasta erudición".

Hacia el final de la entrevista, el señor Ladilla, que realmente parecía tener interés paternal en mi persona, me sugirió que podía ganar algún dinero honradamente y procurar a la vez el aumento de mi reputación si, de tanto en tanto, hacía de Thomas Hawk para el *Almíbar*.

Le solicité que me informara quién era el tal Thomas Hawk, y cómo se suponía que yo podía hacer su papel.

En ese momento el señor Ladilla abrió los ojos desmesuradamente (como decimos en Alemania) pero, recuperado por fin de un profundo ataque de estupefacción, manifestó que había usado las palabras "Thomas

Hawk" para evitar la vulgaridad de mencionarlo como Tommy, pero que se trataba simplemente de Tommy Hawk, o *tomahawk*, y que la expresión "hacer de tomahawk" significa despellejar, intimidar o aniquilar de alguna manera al rebaño de pobres diablos que publican.

Aseguré a mi protector que, si sólo se trataba de eso, me resignaría a hacer el papel de Thomas Hawk. Acto seguido, el señor Ladilla expresó su deseo de que aniquilara de inmediato al director del *Mosca Viajera* utilizando el estilo más feroz que estuviera a mi alcance como prueba fehaciente de mis posibilidades. Así lo hice sin pérdida de tiempo en una reseña de la "Crema de Bob" original que ocupó treinta y seis páginas del *Almíbar*. Hacer de Thomas Hawk me resultó mucho menos difícil que hacer poemas, porque desarrollé un *sistema* que me permitió desempeñar mi tarea con suma facilidad. El procedimiento era el siguiente. En un remate, compré ejemplares (baratos) de los discursos de Lord Brougham, de las obras completas de Cobbet, del nuevo diccionario de *slang*, del *Arte de la Injurias*, del *Método de la Diatriba* (edición infolio) y de *La Lengua*, de Lewis G. Clarke. Desmenucé concienzudamente estas obras, luego las pasé por un cedazo para no dejar nada que pudiera parecer decente (una insignificancia), y separé las frases más duras colocándolas en un

pimentero de orificios longitudinales, de modo que una frase entera pudiera pasar por la abertura sin dañarse. La mezcla quedó así pronta para el uso. Cuando ya estaba listo para hacer de Thomas Hawk, bauticé un pliego de papel con clara de huevo de ganso y luego desmenucé también la obra que debía reseñar como antes lo había hecho con los libros, sólo que con más cuidado para que cada palabra quedara separada. Mezclé los últimos trozos con los primeros, corrí la tapa del pimentero y espolvoreé bien la mezcla sobre el pliego ungado, donde quedó pegada. El efecto logrado era hermosísimo. Seductor. De hecho, con esta simple receta logré que me aceptaran reseñas sin parangón que maravillaron al mundo entero. Al principio, por pura timidez -producto de la inexperiencia-, me perturbó cierta incoherencia, un aire *bizarre* (como decimos en Francia) que se desprendía de la composición. No todas las frases *coincidían* (como decimos en anglosajón). Algunas eran bastante deformes. Otras estaban incluso al revés, y de estas últimas no quedaba ninguna incólume en cuanto al efecto, a excepción de los párrafos del señor Lewis Clarke, tan vigorosos y sólidos que ninguna posición lograba disminuirlos y resultaban siempre satisfactorios y felices, patas arriba o patas abajo.

Es difícil establecer qué fue del director del *Mosca Viajera* después de mi crítica sobre su "Crema de Bob". La conclusión más razonable es que lloró tanto que acabó por morir. Como sea, desapareció de inmediato de la faz de la Tierra, y desde entonces nadie ha visto ni siquiera su espectro.

Habiendo llevado a buen término todo este asunto, y aplacadas las Furias, me convertí de golpe en el preferido del señor Ladilla. Me otorgó su confianza, me concedió empleo permanente en el *Almíbar* como Thomas Hawk y, como no podía pagarme un sueldo por el momento, me permitió aprovechar su tutela a discreción.

- Querido Bagatela -me dijo un día después de comer-, respeto sus aptitudes y lo quiero como a un hijo. Será usted mi heredero. Le dejaré el *Almíbar* como legado cuando me muera. Entretanto haré un hombre de usted, siempre que siga mis consejos. El primero que le doy es que debe quitarse de encima a ese viejo fastidioso.

-¿A quién? -pregunté.

- Su padre.

- Comprendo -dije.

-Tiene que labrar su fortuna, Bagatela -explicó el señor Ladilla-, y el autor de sus días es como una rueda de molino atada a su cuello. Debemos deshacernos de él. [Aquí saqué mi navaja.] Debemos deshacernos de él -continuó Ladilla- de una vez y para siempre. Es una carga. No *sirve*. Bien pensado, debería darle un buen par de puntapiés o de bastonazos, ahuyentarlo de algún modo.

-¿Qué le parece -dije con pudor- si empiezo por darle un par de puntapiés, después unos bastonazos y termino retorciéndole la nariz? El señor Ladilla me miró pensativamente algunos momentos y contestó:

-Opino, señor Bob, que lo que usted propone sería suficiente, más que suficiente en cierto caso, pero un barbero es hueso duro de roer y me parece que, en líneas generales, después de haber sometido a Thomas Bob a las operaciones que usted sugiere, convendría dejarle los dos ojos en compota, de manera concienzuda y eficaz, a fin de que no pueda volver a verlo a usted en los lugares de moda. Después de eso, no creo que usted pueda hacer más. Sin embargo, no sería desatinado revolcarlo también

una o dos veces en el arroyo y entregarlo a la policía. A la mañana siguiente, usted puede presentarse en la comisaría y alegar un asalto.

Los bondadosos sentimientos hacia mi persona que ese excelente consejo manifestaba me conmovieron en lo hondo, y no tardé en ponerlo en práctica. En suma, que me libré del viejo fastidioso y empecé a disfrutar de mi condición de caballero y mi nueva independencia. No obstante, la falta del dinero me originó cierta incomodidad durante algunas semanas pero, a la larga, usando bien mis dos ojos para observar lo que se me presentaba ante la nariz, caí en la cuenta de cómo tenía que manejar las cosas. Nótese que digo "cosas", porque la palabra latina es *rem*. A propósito, ya que hablamos de latín, ¿alguien puede decirme cuál es el

significado de *quocunque*, o de *modo*?

Mi plan era sumamente simple. Compré por una bagatela una dieciseisava parte del *Mordiscón*: eso fue todo. Ahí terminaba el plan y el dinero entraba en mi bolsillo. Desde luego, hubo algunas disposiciones posteriores, pero eso no formaba parte del plan. Eran una consecuencia de él, un efecto. Por ejemplo, compré una pluma, papel y tinta y me sumergí en una furiosa actividad. Una vez terminado el artículo, le puse por título "FOL LOL", por el autor de "Crema de Bob" y lo envié al *Ganso Intoxicado*. Como esa revista lo tildaría de "tartajeo" en el "Correo mensual de los Lectores", cambié el encabezamiento por "Cataplín Cataplero", por el señor No sé cuánto, autor de la oda a la "Crema de Bob" y director del *Mordiscón*. Con esta enmienda, volví a enviarlo al *Ganso Intoxicado* y me dediqué a publicar diariamente en el *Mordiscón* mientras aguardaba la respuesta, lo que podría denominarse una investigación fisiológica y analítica a seis columnas de los méritos literarios del *Ganso Intoxicado*, así como los méritos personales de su editor. Al cabo de una semana, el *Ganso Intoxicado* descubrió que, por un error inexplicable, había "confundido un estúpido artículo titulado `!Hola Jején!' y firmado por un don nadie con una joya de brillo resplandeciente escrita por el señor No sé cuánto, el celebrado autor de la `Crema de Bob' ". La publicación declaraba "que lamentaba un accidente tan explicable" y por otra parte prometía la publicación del genuino "¡Hola Jején!" en el número siguiente.

La verdad es que en ese momento *realmente* pensé, y no tengo razón para pensar de otra manera ahora, que el *Ganso Intoxicado* se había equivocado de veras. Con las mejores intenciones del mundo, nunca conocí publicación alguna que cometiera tantos errores como el *Ganso Intoxicado*. Desde ese mismo día le tomé simpatía, advertí la profundidad de sus méritos literarios y no dejé de explayarme sobre ellos en el *Mordiscón* en cuanta oportunidad se me presentaba. Y debe considerarse como una curiosa coincidencia, una de esas coincidencias *notables* que hacen meditar profundamente, que una modificación tan radical de mis opiniones, un *bouleversement* (como decimos en francés) tan absoluto, un *trastocamiento* (si se me permite utilizar un término vigoroso de los choctaws) tan completo de mis opiniones por una parte y las del *Ganso Intoxicado* por la otra parte, semejante vaivén, insisto, volviera a repetirse muy poco después, en circunstancias muy parecidas, entre el Camorrero y yo y entre el *Plumífero* y mi persona.

Así fue como, por un golpe maestro de genialidad, alcancé por fin el triunfo "llenándome los bolsillos". Puede decirse sin faltar a la verdad ni a la justicia que así comenzó esa carrera brillante y rica en acontecimientos que luego me hizo famoso y que hoy me permite decir con Chateaubriand: "He hecho historia (*rai fait l'histoire*)".

Sí, he hecho historia. Desde esa precisa época que ahora evoco, mis acciones -mis obras- son patrimonio de la humanidad. El mundo entero las conoce. Es innecesario entonces abundar en detalles sobre mi vertiginoso ascenso: la herencia del *Almíbar*, la fusión de éste con el *Plumífero*, la posterior oferta de compra del Camorrero que me hizo propietario de los tres periódicos, y el negocio final que ofrecí al único rival que subsistía, hasta que reuní toda la literatura de la región en una sola y magnífica revista conocida en todas partes con el nombre de Camorrero, *Almíbar*, *Plumífero* y *Ganso Intoxicado*

Sí. He hecho historia. Mi fama es universal. Llega hasta los lugares más apartados del globo. Es imposible leer ningún periódico donde no se halle una alusión al inmoral señor No sé cuánto. Que el señor No sé cuánto dijo tal cosa, que No sé cuánto escribió tal otra, que el señor No sé cuánto hizo esto o aquello. Pero soy modesto, y expiro con el corazón pleno de humildad. Al fin y al cabo, ¿qué es eso indescriptible que los hombres persisten en llamar "genio"? Concuero con Buffón (y con Hogarth): no es más que *maña*.

¡Contempladme! ¡Cuánto esfuerzo, cuánto ahínco, cuánta obra! ¡Oh dioses, lo que habré escrito! Nunca supe el significado de la palabra "descanso". Durante el día me sentaba ante un escritorio y por la noche -pálido estudioso- consumía el aceite de mi lámpara. Deberíais haberme visto. Me inclinaba a la derecha. Me inclinaba a la izquierda. Me adelantaba en el asiento. Me apoyaba en el respaldo. Sentado, *téte baissée* (como dicen en Kickapoo), se me cerraban los párpados sobre la página de alabastro. Y, sobre todo, *escribía*.

En la dicha y en la desdicha, *escribía*. *Con hambre y con sed, escribía*. Con buena o mala reputación, *escribía*. Bañado por la luz del sol y de la luna, *escribía*. Es innecesario decir qué escribía. ¡El estilo: eso era todo para mí! Lo aprendí del ilustre Charlatán, ¡ejem! Y en este mismo instante brindo a los lectores una muestra representativa.